

una regresión a la primera infancia. No hay Matilde Arcángel en el mundo de Macario, ni herencia de ella. Hay, quizá, un eco de música, que al mismo tiempo es deseo u obsesión de autodestrucción:

«Uno da de topes contra los pilares del corredor horas enteras y la cabeza no se hace nada, aguanta sin quebrarse. Y uno da de topes contra el suelo, primero despacito, después más recio y aquello suena como un tambor. Igual que el tambor que anda con la chirimía, cuando viene la chirimía a la función del Señor. Y entonces uno está en la iglesia, amarrado a la madrina, oyendo afuera el tum tum del tambor... Y mi madrina dice que si en mi cuarto hay chinches y cucarachas y alacranes es porque me voy a ir a arder en el infierno si sigo con mis mañas de pegarle al suelo con mi cabeza. Pero lo que yo quiero es oír el tambor. Eso es lo que ella debería saber. Oírlo, como cuando uno está en la iglesia, esperando salir pronto a la calle para ver cómo es que aquel tambor se oye de tan lejos, hasta lo hondo de la iglesia y por encima de las condenaciones del señor cura...»

A Macario le espanta la idea de que pueda enrabiarse a su madrina. Y posiblemente no sea el miedo al infierno «per se» que le aprisiona, sino la absoluta soledad. La soledad sin fin. Dice al final del cuento, revelando la impiadosa crueldad que pueden tener fervientes feligreses cristianos, que enojándola, la madrina pedirá:

«a alguno de toda la hilera de santos que tiene en su cuarto, que mande a los diablos por mí, para que me lleven a rastras a la condenación eterna, derechito, sin pasar ni siquiera por el purgatorio, y yo no podré ver entonces ni a mi papá ni a mi mamá, que es allí donde están...»

A Macario nadie lo ha tomado en sus brazos, contándole que su papá y su mamá están en el cielo, esperándolo. O, que sus padres le estén muy cerca, que aunque él no los vea, ellos lo ven. Y lo aman. Para él no hay nada que para un niño pueda transformarse en consuelo con el paso del tiempo. El tiempo está parado. No hay liberación. Nunca. Jamás. «Macario» es el primer cuento que escribió Juan Rulfo, y es único entre ellos. Reaparece, transformado, en Pedro Páramo. En la persona de Susana San Juan, en la cual es posible ver un recuerdo a la emperatriz Carlota, esposa de Maximiliano de Habsburgo, la que, con veintiséis años, en México, perdió la razón, y siguió viviendo después sesenta años en el aislamiento, la oscuridad espiritual. Susana San Juan —en ella como en Matilde Arcángel— también puede verse como un recuerdo del autor a su madre.

En un retrato de Juan Rulfo, Walter Haubrich lo cita, como todavía hoy, con voz dolorida, cansada le dice «... y entonces, cuando yo tenía seis años, ellos mataron a mi padre.

Con un tiro en la nuca estando detrás de él. Un asesinato cobarde. Mi madre murió poco después. Y al paso de pocos años exterminaron a casi toda mi familia... A mis dos abuelos, a los hermanos de mi padre. Gracias a Dios, a mí y a mis hermanos nos quedó nuestra abuela, madre de mi madre. Era el tiempo de la gran violencia de los cristeros en México, especialmente en el Estado de Jalisco...»

«Nadie te hará daño nunca, hijo. Estoy aquí para protegerte, por eso nací antes que tú y mis huesos se endurecieron primero que los tuyos...» (*El Hombre.*)

Creo, que por primera vez comprendí, qué es lo que dijo Juan Rulfo, cuando (en la ya citada conversación con Juan Cruz) explicó que había buscado un libro, un libro

que en ninguna biblioteca encontró. Que sentía, que necesitaba leer este libro. Y que es por esto que escribió el *Pedro Páramo*. Y antes, como ensayos, como caminos a «Comala», los cuentos. Escribió lo que necesitaba leer. Que necesitamos leer. Escribió obsesionado, desesperado, bajo peligro de enloquecer, bajo peligro de vida para salvarse.

«... Esa noche volvieron a sucederse los sueños. ¿Por qué ese recordar intenso de tantas cosas; ¿por qué no simplemente la muerte y no esa música tierna del pasado?...

—¿Quieres hacerme creer que te mató el ahogo Juan Preciado?

...Entre los dos te arrastramos a la sombra del portal, ya bien tirante, acalambrado como mueren los que mueren de miedo...».

(*Pedro Páramo*).

Sobrevivientes de los campos de exterminio alemanes en los años del nacionalsocialismo, en testimonios, dicen que hubo momentos —reconstruidos después como horas, días, semanas— de que no tienen memoria. Que son un vacío absoluto. Por ejemplo: de la llegada y entrada en Auschwitz: no saben cómo fue. No recuerdan persona, brutalidad, hambre. No recuerdan dolores físicos duros. Están ante la nada. De esa misma vivencia me hablaron amigos latinoamericanos sobrevivientes de reciente tortura y prisión. Y dicen que había épocas, también reconstruidas después —tiempos de aislamiento— cuando esperaban tortura, tenían que presenciar tormento de otros, bajo tortura —en que se le paró, se le paralizó el tiempo. Que perdieron la noción, el sentido para con el tiempo. Que ante estos espantos y dolores insoportables no había ya sucesión de minutos, horas, días. Tiempo sin fin. Eternidad de los infiernos—. Y la vivencia ésta —en su esencia— es inexpresable, incomunicable. Sólo, quizá, por intuición se capte algo. Escuchando a los amigos míos, pasé momentos, extremos sentimientos de asfixia física, pero era sólo una sombra del miedo de ellos, era como verlo en un espejo.

Este miedo lo percibo en la voz de Juan Rulfo. Comunica lo incomunicable por el sonido del conjunto, la música de su narración; pienso, por esto, que sea posible que el universo imaginativo rulfiano, quizá, sea más sencillo, más brutalmente real en su origen de lo que suponemos y a la vez mucho más complicado, complejo, pienso, que la maestría —única en la literatura, advertida por crítica y lectores— que esa maestría, con que crea un clima de angustia ese lenguaje casi hipnótico, con que logra hacer parar el tiempo, que todo eso no sea la raíz, sino la consecuencia de un esfuerzo, una necesidad elemental desesperada, de decir, llevar a la luz, lo que hasta entonces nadie logró decir.

A seres humanos que sobrevivieron tortura físicamente, que sobrevivieron matanzas, violencias extremas, se les ha destruido algo de su esencia. Para siempre. Son, en parte, muertos-vivos. Han sido confrontados con el mal absoluto, incorporado en hombres como ellos mismos, con el contra-hombre. Y nunca jamás van a recuperar la confianza elemental en sus semejantes; nunca una seguridad existencial. Había y hay tantos. Y entre ellos, niños. Más frágiles todavía, más indefensos. Y se les deja más solos, pues muchos adultos suponen, habiendo olvidado su niñez, que todavía no saben sufrir como ellos; que olvidan pronto... Y es que en el desastre para un niño se esconde un desastre más: no comprende el porqué de la muerte. Y con la

soledad extrema, la angustia que lo paraliza, siente, si no le llega el consuelo, la ayuda que necesita, que su padre lo ha dejado solo. Empieza a ver en su padre el culpable. Y en vez de amor, empieza a crecer rencor, odio hacia el padre desaparecido.

«Nadie te hará daño nunca, hijo. Estoy aquí para protegerte. Por eso nací antes que tú y mis huesos se endurecieron primeros que los tuyos»...

¿Por qué había dicho aquello? Ahora su hijo se estaría burlando de él. O tal vez no. «Tal vez esté lleno de rencor conmigo por haberle dejado sólo en nuestra última hora, porque era también la mía; era únicamente la mía. El vino por mí. No los buscaba a ustedes, simplemente era yo el final de su viaje, la cara que él soñaba ver muerta, restregada contra el lodo, pateada y pisoteada hasta la desfiguración. Igual que lo que yo hice con su hermano; pero lo hice cara a cara..., frente a él y frente a ti y tu no más llorabas y temblabas de miedo»...

(*El Hombre*, cuento, en que como «leitmotiv» suenan las palabras: «No debí matarlos a todos...»)

¿Un hombre? ¿Uno solo? —Siempre uno está solo en la situación existencial extrema, ante la gran violencia. Millones y millones de seres humanos, únicos: solos. Y Juan Rulfo— su voz. Coro de todos, cuya voz no se quiere oír. Grito de todos, que se trata de apagar con terror. Grito del silencio.

En sus cuentos —desastres de la violencia—, las geografías de los infiernos interiores coinciden con geografías de infiernos exteriores —en un camino lleno de ruinas, sombras, trampas— hasta llegar a «Comala». Variaciones de homicidios, fratricidios, masacres; variaciones de relaciones padre-hijo, hijo-padre; voces de niños, recuerdos de niños. Los desastres de la violencia: y nunca resuelven nada. Y que dicen que seres humanos no necesariamente se transforman en justos, si sufren insoportablemente: hambre, pobreza, injusticia institucionalizada. Y que dicen que hombres, confrontados con infamia, frialdad, maldad; que hombres, que sufren más que aguanta un hombre, no se transformen necesariamente en buenos. Lo destruido queda destruido.

¿No hay arco iris? ¿No hay, en ninguna parte un Cristo, que tome un hacha y destruya su cruz —como lo pintó José Clemente Orozco—? Los personajes de Juan Rulfo evocan o maldicen a Dios, a los ángeles, a los santos. Nunca a Cristo. Con una excepción: en el cuento «La noche que lo dejaron solo». En él Juan Rulfo hace el esfuerzo —cristiano— de amar al enemigo mortal. Y más: considerar ese enemigo como igual a sí mismo ante el dolor y la angustia: Feliciano Rueda, un muchacho de catorce años —dejado solo en el camino, solo ante la noche, solo ante el espanto de encontrar sus dos tíos ahorcados por soldados—. Este niño evoca a Cristo. El «Cristo Rey».

¿Y la flauta? Creo que se la percibe, quizá, en sus sonidos más claros, en los personajes femeninos de Juan Rulfo. Se resisten. No pueden reconstruir lo destruido, pero sí: dar vida, crear algo que es nuevo. Susana San Juan, que no es madre de ningún hijo de Pedro Páramo. Matilde Arcángel. «La Caponera» y su hija en «El gallo de oro» —«...la mejor y más buena de todas las mujeres que hay en el mundo» en *El Llano en Llamas*. Sin nombre, incluyendo a todas mujeres—. Ese cuento de violencia extrema es casi siempre tomado como ejemplo para demostrar la visión rulfiana fatalística e histórica, profundamente pesimista del mundo, del destino humano. Porque allí aparece la Revolución Mexicana como sombra, y a la vez, como guerra de embrutecidos, torturadores, asesinos, pero este cuento tiene un fin asombroso: «El

pichón», quien es el que lo cuenta ya fuera de la cárcel, encuentra a ésa su mujer, esperándole al salir de prisión. Y esperaba que lo matase. El había arrasado con sus amigos a su pueblo. El había asesinado a su padre. El había violado cruelmente a ella, entonces niña de catorce años.

«Tengo un hijo tuyo... Allí está.

Y apuntó con el dedo a un muchacho largo con los ojos azorados:

—¡Quítate el sombrero, para que te vea tu padre!

Y el muchacho se quitó el sombrero. Era igualito a mí con algo de maldad en la mirada. Algo de eso tenía que haber sacado de su padre.

—También a él le dicen *el pichón* —volvió a decir la mujer, aquella que ahora es mi mujer—, pero él no es ningún bandido, ni ningún asesino. El es gente buena.

Yo agaché la cabeza».

ROSEMARIE BOLLINGER

76 *Lübecker Strasse*

2000 HAMBURG 76

(*Alemania Federal*)